

# Los Wachos según Diego Defeo

*The Wachos*

Esteban Rodríguez Alzueta<sup>1</sup>


Los barrios plebeyos suelen ser mundos ambiguos, tensos, llenos de paradojas. Se sabe, existe una contradicción entre las expectativas y las experiencias, entre lo que el mercado espera y exige de cada uno de nosotros y las circunstancias en las que nos encontramos, esto es, entre los valores culturales y los medios sociales que disponemos para adecuarnos a ellos. Ante esas condiciones los atajos suelen ser una gran tentación, sobre todo cuando se es joven.

Hablamos de los *barrios plebeyos*, allí donde al aburrimiento convive con el vértigo, dónde la letanía debe medirse con la velocidad, con la adrenalina; donde el tedio puede ceder al miedo, pero también a la algarabía, a la risa, el llanto, el silencio. Barrios dónde todo transcurre en cámara lenta, en una aparente cámara lenta. Porque detrás de la realidad siempre habrá otras realidades que se nos escapan a los forasteros, realidades que no siempre caben en la misma toma de visión, sobre todo cuando está tomada por los estereotipos.

Por eso lo que pasa en esos barrios no lo entendemos o nos cuesta entender a primera vista. La realidad está siempre asediada por ruidos de fondo que no sabemos nunca a qué imputarlos. Maravillados por el exotismo, somos cautivos de prejuicios que ponen a la realidad en un lugar donde no se encuentra.

Las fotografías de Diego Defeo son una invitación a demorarnos en el tiempo, a colarnos del cotidiano agujereado. Allí donde el tedio se confunde con el cansancio, donde el hastío se embrolla al fastidio, y la gente pendula entre el ocio forzado, la ayuda social y esas formas de trabajo que se estiran hasta altas horas de la noche, la cámara de Defeo se propone registrar sus contratiempos desde la mirada de un etnógrafo.

Los rostros que capta el artista fueron tallados por ese tiempo implosionado, roto, hechos de agotamiento, aburrimiento, aventuras non santas y mucha nostalgia. Porque la melancolía suele ser la forma secreta de guardar las esperanzas que alguna vez tuvieron y no están dispuestos a renunciar, que sobrellevan con inocencia y aparente fatalidad. Cuando la vida se empecina en seguir adelante, y la familia se agranda o achica, promete nuevas sonrisas, muchas veces con fecha de vencimiento, y nuevas tristezas, entonces la ciudad se verticaliza, se llena de cables, viseras, fierros, humo y niebla.

<sup>1</sup> LESyC Universidad Nacional de Quilmes  
<https://orcid.org/0000-0003-2736-4341>   
e.rodriguez.alzueta@gmail.com



Copyright © by  
*Cuestiones Criminales*

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited. See credit lines of images or other third-party material in this article for license information.

**Citar:** Rodríguez Alzueta, E. (2025) "Los Wachos según Diego Defeo", *Cuestiones Criminales*, 8 (15): 122-123.

**POTENTIAL CONFLICT OF INTEREST:** The authors have indicated they have no potential conflicts of interest to disclose.

**PALABRAS CLAVE:** fotografía, historias, barrio  
**KEYWORDS:** photography, stories, neighborhood

Defeo cuenta una anécdota que está en el origen de la experiencia de *Wacho*, el libro de artista que recoge su experiencia: “Una tarde, mientras Ramón preparaba el fuego para cocinar, me contó una historia: ‘En el 89 no había nada acá, éramos solo 10 o 15 familias viviendo en casas de chapa, madera y cartón. Había una laguna donde íbamos a cazar patos y liebres para comer. No había luz, ni gas, ni agua. No había nada. Cocinábamos todo al fuego, quemábamos todo lo que encontrábamos y con eso hacíamos la comida. Al día siguiente, cuando amanecía, todo el lugar estaba cubierto de cenizas, de ahí nacimos nosotros, de las cenizas, como el Ave Fénix’. Esa imagen me quedó grabada para siempre como una fotografía: polvo, cenizas, fuego, esa imagen color gris plomo, comenzó a circular en mis ideas como un espectro”.

En efecto, las fotografías que nos convida Defeo en *Wacho*, se van pixelando para captar la bruma y devolverle la ceniza fundacional. El fotógrafo irá ampliando las imágenes hasta que el granulado les devuelve aquella pátina espectral que tanto lo atrapó.

Las fotografías no están fuera de foco, sino estalladas. Cuando se anda rápido y la velocidad es una manera de percepción, la estela que dejan las cosas en la fotografía es una manera de registrar el vértigo. Porque si se mira bien, por encima o debajo de la calma chicha, las cosas siguen en movimiento y Defeo quiere retratar sus huellas imperceptibles.

Por eso es una cámara que va detrás de las miradas, que se cruza con miradas que se dejan fotografiar. Imágenes que registran el tedio, el cansancio, pero también la rabia, la alegría pícara, la dureza, el empecinamiento de no dejarse caer.

Imágenes que están hechas para durar, para sobrevivir a las personas que se retratan, para registrar a “los pueblos sin historia”, para devolverle la dignidad que se escurre cuando nos llegan a través de la pantalla del televisor.

Win Wenders decía que la realidad es en colores, pero en blanco y negro es “más realista”. Eso mismo es lo que hace Defeo en *Wacho*: devolverle la crudeza para estar más cerca de la realidad.

En la galería de este número de *Cuestiones Criminales* presentamos una selección que hizo el propio Diego Defeo. Algunas de esas fotografías fueron tomadas de libro *Wacho*, otras son inéditas.

Una última aclaración que nos llega también por boca de su autor. *Wacho* procede del quechua cuzqueño wakcha, que significa “niños sin padre ni madre, huérfano o pobre”.